

Traduciendo a Lundkvist

En la década de 1970, el autor de una gran antología de la poesía mundial conversaba con Lundkvist sobre los poetas presentes y ausentes de la monumental obra, y hablando de Saint-John Perse, uno de los poetas más admirados por el poeta sueco, empezó la discusión. El interlocutor le dijo: «¿Saint-John Perse? ¡Usted es mucho mejor que él! Ese no es más que una fábrica de imágenes, de metáforas.» «¿Y le parece poco?» — contestó Lundkvist—. «Ese es mi ideal». En primer lugar, imágenes. Un torrente de imágenes inquietantes, lúcidas, sorprendentes.

Como ya he escrito, empecé mi colaboración con Lundkvist en 1961 traduciendo poesía latinoamericana y española al sueco y, por algo que podría tal vez llamarse agradecimiento cultural— si él traducía a hispánicos, yo lo traduciría a él—, me puse a traducir su largo poema *Agadir*, más o menos para el cajón del escritorio. Quizá también para probar mis fuerzas de traductor a mi lengua materna. Por entonces traducía, sí, pero al sueco y como colaborador de Lundkvist.

A mediados de la década de 1960 llegó Angel Crespo a Suecia y le hablé de mi versión de *Agadir*, la leyó, le gustó y la publicó en 1970, en la *Revista de Letras*, en Puerto Rico. Poco después recibí un mensaje de Per Gimferrer proponiéndome su publicación en España, en Seix Barral. Acepté el ofrecimiento y salió en una hermosa edición bilingüe. Tal vez fue el momento en que empecé a sentirme traductor, al darme crédito unas personas de la capacidad y prestigio de Crespo y Gimferrer.

El poema *Agadir* tiene su origen en un día bisiesto, el 29 de febrero de 1960, fecha en la que Lundkvist vivió, con su esposa, una sobrecogedora experiencia: el devastador terremoto que asoló la ciudad marroquí de Agadir. Salieron milagrosamente indemnes. Ni un rasguño.

La catástrofe propició dos anécdotas, que cuenta su esposa en el libro de recuerdos *Minnena vakar*, muy ilustrativas del carácter de su autor.

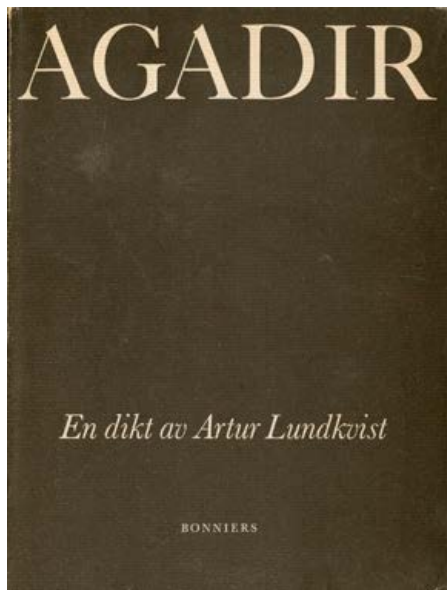
La periodista Barbro Alving llegó de Suecia para hacerle una entrevista sobre la catástrofe y lo primero que le soltó fue: “Artur, ahora sí creerás en Dios ya que te ha salvado la vida”. Y él le contestó: “No, ahora menos que nunca, ¿por qué voy a creer en un Dios que permite que mueran 15.000 personas y a mí me deja vivo?”

La revista *Paris-Match* y algunas agencias de prensa le ofrecieron altísimos honorarios por un reportaje y él contestó: No thank’s, I don’t make business in earthquakes. (Yo no hago negocios con terremotos).

Poco después transformó su vivencia en un hermoso poema publicado en 1961 que nos permite leer la vida, adentrarnos en los misterios y caprichos de la muerte y, al mismo tiempo, nos advierte de la proximidad de la apocalíptica catástrofe que nos amenaza.

Al ver en televisión las imágenes del atentado del 11 de septiembre, observé que las descripciones de los efectos de aquel terremoto, que mató a más de 15.000 personas, coinciden, de manera bastante exacta, con la visión de las sombras vivientes ensangrentadas que vimos vagando entre las ruinas de las Torres Gemelas como sonámbulos y, sobre todo, la omnipresencia del polvo en ambas catástrofes. Algunos de los terribles destinos individuales que recoge el poema, nos ilustran sobre lo que pudo haberles pasado a tantos muertos o supervivientes de las torres.

(Neruda, hijo de un país rico en terremotos, manifestó su sana envidia al decir que era «un poema que le correspondía haber escrito a él».)



Me oí gritar en sueños (nunca podré saber lo que grité,
nunca podré saber si me dije algo que no sé)
en el mismo instante en que fui arrojado de la cama (o
instintivamente me tiré de ella)
y me acurruqué en el rincón mientras el terremoto crecía
irresistiblemente
y las sacudidas se hacían cada vez más fuertes, más violentas,
parecían venir de todas partes al mismo tiempo,
una revolución que surgía de las entrañas de la tierra, un
irrefrenable
baile que irrumpía,
un trueno de las profundidades, abrumadoramente pesado,
un estallido de paredes, un agrietamiento, un desmoronamiento—
Sin tiempo para sentir ni pensar, sólo una espera como la de un
espejo bajo una lluvia de piedras,
un darse cuenta de que el presentimiento se ha confirmado, lo
largamente preparado había llegado, era *ahora*, era el fin,
era ya como algo pasado y consumado mientras todavía seguía
ocurriendo,
todo parecía exacto como una operación aritmética, sumada y lista
en un instante,
no sorprendió, no fue una equivocación, todo fue como tenía que ser,
un círculo cerrado.

Las sillas se convirtieron en leña y las tablas de fregar relincharon
como caballos,
los pozos fueron estrangulados o vaciados, las aguas subterráneas
contuvieron la respiración,
las terrazas se tumbaron sobre el costado, la porcelana crepité como
las estrellas y se apagó,
las cocinas mostraron sus entrañas, los párpados de las muñecas se
cerraron,
las agujas se incrustaron un poco más, pilas de sombreros se
contrajeron, cada sombrero
dentro de otro,
los bancos se arrodillaron y arrojaron lejos de sí las cajas de
caudales,
las oficinas de correos se tragaron las cartas o las vomitaron,
los grandes relojes se pararon en mitad de un paso,
las neveras empezaron a llorar inconsolablemente, el fuego
encontró
la ocasión propicia, pero la perdió,
los clavos cayeron como dientes podridos, las alfombras rojas de las
escalinatas se extendieron como lenguas,
medias de seda recién quitadas nunca volvieron a encontrar sus
piernas,
los carteles se agrietaron entre el horror y la risa, la cuerda de
tender
se quebró o se aflojó,
capas de musgo se desprendieron como emplastos, las tenazas se
mordieron a sí mismas,
los andamiajes permanecieron solos, como patíbulos o guillotinas,
las rosas miraron hacia arriba bajo sus monumentos funerarios, en
vano se arrojaron tarjetas de visita a los pájaros,
los armarios cayeron como centinelas, grandes máquinas yacían
como animales muertos en sus guaridas,
las botellas de los bares estallaron, tintinearón unas con otras y
brindaron por la libertad o la muerte,
diez mil limones fueron exprimidos y las plumas se doblaron hacia
adelante en todas las gallináceas.

—El día de mi boda, y yo, una novia de quince años,
venía de muy lejos, de las montañas, no había visto nunca el mar ni
tantas casas grandiosas,
estábamos sentados en el banquete de bodas, todo resplandecía y
flotaba en torno a mí, yo me preguntaba si no era un sueño,
mi novio estaba sentado allí, a mi lado, extraño y ceñudo, afilado
como una espina silvestre y preparado a rasgarme hasta
ensangrentarme,
él debía liberarme de la infancia que me envolvía como una venda y
en todo mi cuerpo revoloteaba la esperanza,
me permitió tener su mano entre las mías, en los intervalos entre un
plato y otro,
esta noche de bodas, aunque me di cuenta de que no sería
una costumbre.
Entonces el mundo empezó a temblar y todo se rompió en torno a
nosotros,
me agarré firmemente a su mano y caímos en las tinieblas como en
un pozo, en un vértigo que era quizá felicidad,
comprendí que así tenía que ser, no podía ser de otra manera,
aunque fue demasiado poco tiempo, mi noche de bodas cayó en las
tinieblas demasiado deprisa.
Pero yo volví a despertar en alguna parte, en la oscuridad y en el
silencio,
agarrando fuertemente su mano,
algo descansaba sobre mí, como una tapa de madera,
inquebrantable,
no podía sentir donde estaba él, pronto su mano empezó a enfriarse
en la mía,
a no responder a mis presiones,
entonces grité y comprendí—
Sobreviví sola, bajo una cama caída sobre mí, una viuda de quince
años,
mi verdadera vida había acabado en una sola noche.

Pero la liberación contrapesaba a la vergüenza, un sentimiento
que sangraba en alguna parte dentro de nosotros, una amarga
impotencia, un reproche
por traición: la exigencia de Agadir
de fidelidad en la desgracia, de sufrimiento en el dolor, de
comunidad ante el destino,
esos segundos, minutos, horas, que nos soldaron a las piedras
caídas
y al agrietado suelo,
Agadir, nunca más,
Agadir, para siempre en nosotros, ciudad blanca de la vida y de la
muerte, vida y muerte unidas en un solo cuerpo,
Agadir, hundida ya en el pasado, espejismo eterno ante nosotros,
Agadir,
preparación, advertencia
de lo que quizá nos espera: la gran aniquilación,
el mundo en ruinas, la tierra desolada, sólo el humo de la muerte
desvaneciéndose en el espacio,
nunca más,
para siempre
Agadir.



Isla Negra, Febrero 8 1973

Señor
Francisco Uriz Echeverría
Rastensgatan, 6
17230 Sundbyberg
Suecia.-

Mi querido Pace:

Aquí va el prólogo que debiera haber sido más largo. Pero los prólogos largos no los lee la gente ni yo los escribo. Tus traducciones me han impresionado mucho. Es grande la poesía de Artur.

Acúsame recibe para saber si llegó esta carta.

Un buen abrazo para los dos.

Pablo Neruda

Cartita de Neruda

Después de la publicación de *Agadir* me sentí capaz de presentar a Artur al público español. Una carta de Octavio Paz me ayuda a recordar que debí de concebir la idea de una amplia antología de Lundkvist en 1970. Consulté con el poeta sueco mi intención de hacerla con Paz, que ya había traducido con la colaboración de un traductor sueco, algunos poemas suyos. A Lundkvist la idea le pareció de perlas y la comentó con Paz y yo le escribí adjuntándole *Agadir* con la propuesta de hacer la antología juntos. Me contestó desde Inglaterra, amablemente, explicándome con estas palabras su posición sobre colaboraciones: “la traducción entre dos personas es posible (y tiene sentido) cuando una de ellas se encarga de la versión más o menos literal y la otra, con esos materiales, *rehace* el poema —pero no es este el caso. Usted

es un escritor, un poeta (escritor y poeta en lengua española) y un poeta-traductor”. Se ofreció también a escribir el prólogo y a revisar la traducción.

Seleccioné los poemas, consulté con Lundkvist el resultado y tuve conversaciones con él sobre algunas dificultades. Recuerdo especialmente el día en que le consulté una frase imposible y me dijo: “No tengo ni idea, es una de esas asociaciones momentáneas que ahora, 40 años después, no sé de dónde pudo salir.” Me tranquilizó. Sorteamos el escollo con toda libertad, de acuerdo con el autor de manera que pudimos poner en el libro:

La selección y traducción de estos poemas de Artur Lundkvist han sido revisadas y autorizadas por el poeta.

A Artur le gustaban más sus poemas en español que en el original.

Cuando le leía alguna página decía: “Eso suena mejor en español”. Era, evidentemente su amor, su admiración por la lengua española, lo que estaba detrás.

Aprovechando que Neruda había venido a Estocolmo para recibir el Nobel, le propuse escribir el prólogo. “Mándame unas 50 páginas traducidas para la antología”. Lo hice y me envió la cartita que tienen en esta página.

Posiblemente a Neruda, que había conocido a Lundkvist como periodista y más adelante como un compañero que participaba en congresos por la paz, al que admiraba por su integridad y honradez y al que le unía una gran amistad, quedó sorprendido por la lectura de un poeta del que sólo conocía lo poco que se había traducido de su obra.

Y luego recibí el siguiente prólogo:



Fue hace muchos años en Sumatra o en los Establecimientos del Estrecho (que así se llamaba entonces el país). Habían depositado en esa plaza o encrucijada algunas jaulas primitivas y burdas. Adentro de ellas palpitaban y rugían fieras y pájaros de la selva desconocida. Eran pequeñas cárceles de condenados: desde allí partirían hacia jardines zoológicos distantes donde serían examinados por gentes domingueras mientras masticarían tal vez cacahuets o chocolates. Ellos, los seres salvajes, no conocían su destino. Eran torpes encierros hechos de maderas sin desbastar y de tablas que no se ajustaban en el piso. Pero adentro de ellas iba prisionero todo el lujo, el honor de la tierra. Cuerpos elásticos que ondulaban, fuego aniquilador de ojos insostenibles, plumas y pelajes cuyo esplendor había iluminado hasta entonces un mundo secreto.

Nunca he olvidado aquella visión que tuve al azar pasando por los caminos de una gran isla que apenas conocía.

La poesía de Artur Lundkvist tiene para mí ese fulgor encadenado. Me perturba al mismo tiempo su revelación como un escalofrío: tan vivas son las sensaciones de terror y dulzura que nos acechan en esta jaula donde el alma del poeta Artur Lundkvist está encadenada.

Es difícil aproximarse a esta poesía sin temer a los rayos destructores que desprende. Pero cuando ya entramos a su magma original, quedamos recompensados con los diferentes estratos que han ido depositándose en ella: zonas de silencio, de bosques, de agresión, de soledad, de malaquita ardiente, de ternura.

Lundkvist es de esos poetas de la verdad declarada, de la íntima autenticidad. Siempre nos golpea el sentido directo de lo que canta: su canto pega como un martillo de piedra en el fondo oscuro del conocimiento, como una materia o

una condición que estaba allí, que desconocíamos hasta que ahora se transformó en sonido, en evidencia.

Muchos poetas leerán con envidia estos poemas: yo estoy entre ellos.

Por eso me siento feliz de que un libro de Artur Lundkvist aparezca en castellano. Yo me detengo en pleno camino de la selva para abrirle las puertas del idioma.

Que su poderoso fuego recorra nuestro mundo.

Isla Negra, Febrero de 1973.

Con estas palabras se abría *Huellas en la tierra*, la antología poética de Artur Lundkvist que publicó Plaza y Janés en 1974, en la colección de *Selecciones de poesía universal*, en la que llevó a cabo una memorable labor Enrique Badosa.

Vicente Aleixandre reaccionó así al envío de la antología, ya en forma de libro.

Madrid, 13-1-75.

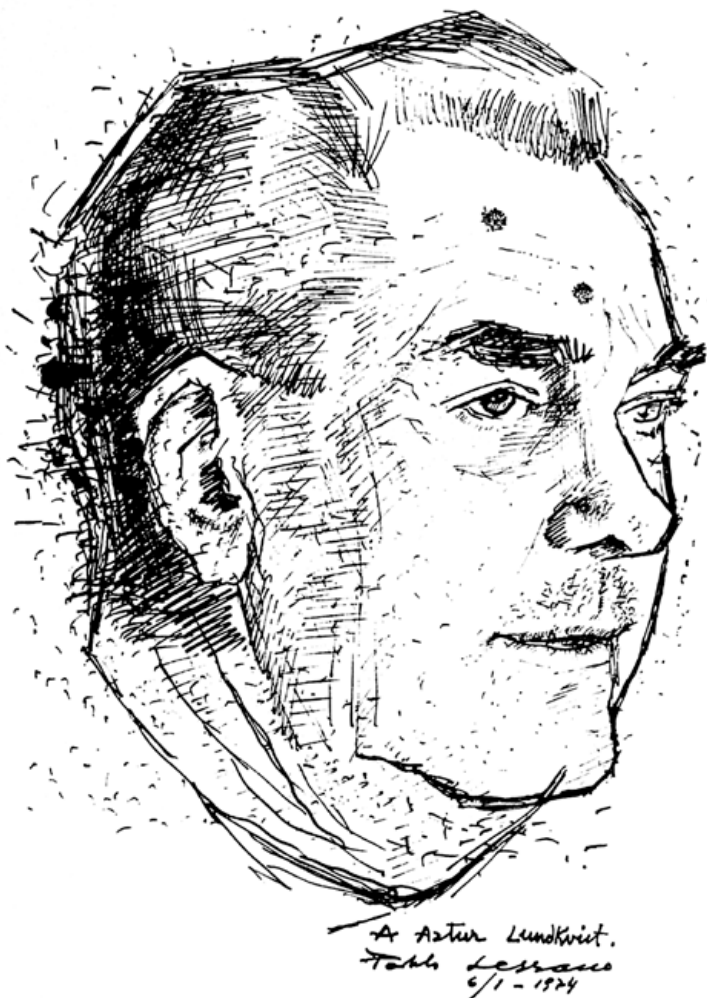
Querido amigo: Mi larga enfermedad (una gripe con complicaciones) ha retrasado mucho el escribirle. Apenas puedo hacerlo aún, tan escaso de fuerzas he quedado, pero no quiero posponer más el manifestarle a usted mi gratitud por su regalo de «Huellas en la tierra». Cuando he empezado a renacer después de mi enfermedad su libro de usted ha sido como el emblema de la vida que me empujaba. ¡Qué grandeza la de este volumen que empieza en «Brasas» y acaba en «Demoníaco Edén», en una representación abreviada de la magnitud de su obra total! El lector se siente arrasado, desde la exaltación vital a la amenaza destructora del hombre en un itinerario que hay que llamar iluminador. La unidad profunda de un espíritu poderoso se alía lo mismo a las vastas perspectivas que a la minuciosidad analítica de todo lo vivo. Y las tensiones y contradicciones de lo real despiertan en el poeta las más profundas definiciones de lo que es la terrible aventura del destino. A cuyo enigma responde el poeta con una escala de respuestas que sobrecoge al espíritu al mismo tiempo que lo esclarece. La indagación está servida por una capacidad expresiva que sorprende por lo variada y por la extensa escala de los registros. Los medios de que el poeta se sirve son de una riqueza que hay que llamar

idónea, porque a la vastedad de la visión sucesiva del creador —del indagador— corresponde la utilización, el despliegue yo diría, de las facultades adecuadas y justas. Y digo esto a través de una traducción, pero en ella se percibe la robustez de los medios alumbradores y el ceñimiento y variedad de las correspondencias de fondo y forma.

La poesía necesita su lengua, pero a los poetas mayores, sobre todo en dimensión de profundidad, la lengua traducida rebasa las limitaciones y permite una suerte de transparencia que regala la fidelidad. Las traducciones de Uriz están escritas en un bello idioma y la seducción y la poesía de usted arrasa las resistencias del cambio idiomático. Conocía yo algunos poemas de usted. Ahora mi conocimiento se ensancha y me doy cuenta de su última dimensión: la grandeza, unida a la hondura. Echo de menos no poder leerle en sueco, pero agradezco esta fiel transcripción española. El mejor elogio que se puede hacer de esta poesía puede decirse con lealtad: el espíritu no es el mismo antes que después de haberla leído.

Mis saludos para María. Y para usted gracias y un abrazo de su amigo.

Vicente Aleixandre



Retrato de Artur por Pablo Serrano

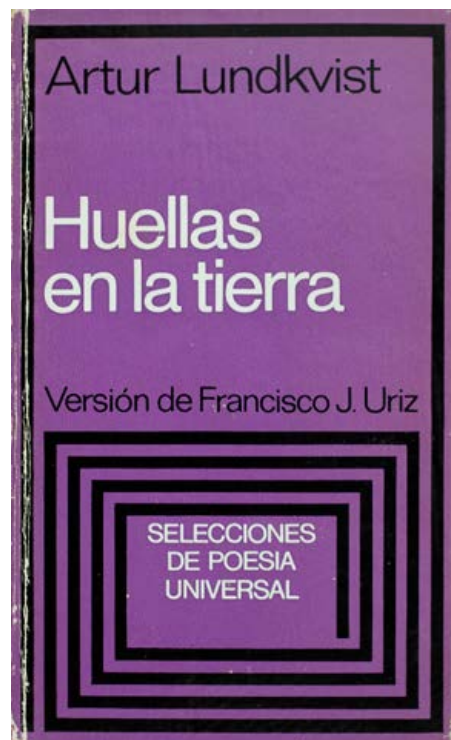
Seguí traduciendo y publicando poemas de Lundkvist que incluí en diversas antologías de poesía sueca —las publicadas por *El Bardo* y *Litoral*— y en revistas literarias, *Unión* (Cuba) y *República de las Letras*.

En uno de sus viajes a Estocolmo le di a Volodia Teitelboim mi traducción de la «Elegía a Pablo Neruda», obra que no pasó la férrea censura de la revista de los chilenos exiliados, *Araucaria*, que es donde lógicamente debió publicarse primero, pero el que la editó fue Camilo J. Cela en el último número de *Papeles de Son Armadans*, y dos años después, en 1981, la editorial de asilados políticos uruguayos en Suecia, Nordan, la publicó, en versión bilingüe, en Estocolmo.

Agadir y *Huellas en la tierra*, tuvieron poca repercusión en nuestro país. El tomo publicado por la Fundación Guillén que recogía

y completaba todo lo que yo había traducido de Lundkvist bajo el título de *Textos en la nieve*, publicado en 2002, aún tuvo menos.

Posiblemente su poesía ha tenido más predicamento en América Latina que en España. En un encuentro en Madrid al que asistí para presentar al poeta danés Henrik Nordbrandt, recogí el testimonio de la admiración por *Huellas en la tierra* del gran poeta mexicano José Emilio Pacheco.



Tenemos que aprender las nuevas melodías
y coger las nuevas palabras del espacio
con nuestros labios.

Tenemos que captar los miles de canciones en los cruces de calles,
captar los gritos de reunión de las sirenas de las fábricas,
y el llanto dorado de los saxofones.

Tenemos que aprender los nuevos ritmos
de las máquinas rápidas, fuertes, de acero resplandeciente.

Algo nuevo ha surgido en el mundo—
lo intuimos, lo vislumbramos en la vorágine.
¡Tenemos que buscarlo, buscarlo incansablemente!

Tocaremos las nuevas melodías para la gente,
ese ritmo vital excitante, creciente,
rápido,
audaz,
como acero resplandeciente!

De noche amo a alguien a quien nunca puedo encontrar de día.
Ella es un incendio en los ojos, una tormenta en el cabello.
Lleva un vestido tenue sembrado de rosas silvestres.
Rodea su propio valle con siete colinas.
Sonríe siempre a un espejo que nadie más puede ver.
Puede, igual que un dado, mostrar un ojo o seis.
Es una gravera que se desliza con un ramo de amapolas en la
cumbre.
Es Leda vadeando el cenagal en busca de su cisne.
Tiene una terraza que da al mar donde muchas noches la veo con
un vestido de fosforescencias marinas mientras las velas
hundidas
respiran en las profundidades.
Dice: Llámame Noche, entonces encontrarás la raíz del bien que
por el día llaman el mal.
Se aleja vadeando, se aleja hasta donde la marea nunca cesa.
Es a ella a quien amo de noche pero a la que nunca puedo
encontrar de día.

Vida como hierba

y la hierba caminando por el mundo,
el más ancho y más verde de los ríos bajo el viento.
La hierba siempre en camino,
escalando las caderas de las montañas, entrando en ciudades que
duermen
cruzando llanuras, sabanas, estepas
donde el centauro jamás ha sido vencido,
donde las distancias redoblan bajo los cascos de los caballos
y la leche fermenta en las tiendas de campaña de fieltro
al resplandor de una luna de ojos oblicuos.
La hierba
aguanta el aguacero con sus miríadas de espaldas
y sujeta el suelo con sus innumerables piececillos.
La hierba cruza sin temor sus tenues deditos
sobre una calavera.
La hierba trabaja infatigablemente y no duda nunca,
se abre camino con explosiones o escala los obstáculos
y a toda amenaza responde creciendo.
La hierba ama al mundo como a sí misma
y se siente feliz hasta en los días difíciles.
La hierba es un torrente de enraizamientos, viaja
sin preparativos,
muestra siempre su multiplicidad, su solidaridad, su unidad.
La hierba es el mejor compañero de viaje del hombre
y se inclina ante el recuerdo que forma parte del olvido.
La hierba prepara la cama para el cuerno del unicornio
y para el hacha del indio,
crece en torno a manantiales como pestañas protectoras
y dibuja con altos ramilletes oscuros
la silueta de animales muertos por el rayo.
El ratón de campo
hace en la hierba una raya con el peine de sus estremecimientos:
la hierba sin fronteras
que sirve tanto a la tierra como a los animales,
que muere víctima del fuego o del frío
pero siempre resucita
y que nunca sueña en convertirse en dientes o cuchillos:
vida como hierba.

No me obliguéis

a negar

la verdad que ví en sueños,
los sueños que ví en la realidad.

No me obliguéis

a adular a los lobos
o a rellenar volcanes con periódicos.

No me obliguéis

a caminar con botas de hierro o zapatos de clavos.

Si dependiese de la hierba

son los que andan descalzos los que más lejos llegarían
y todavía se puede llevar en brazos, como a un niño,
a un árbol de cinco años.

Me niego a borrar los ojos hambrientos,

me niego a tachar las palabras rojas de las actas de las vivencias.

Lanzaré palos en llamas a las habitaciones oscuras y gastadas.

Pisotearé los piojos que avanzan con su rey al frente
como un ejército antiguo.

Ahogaré las máquinas tragaperras

con el oscuro algodón de las mujeres negras.

Me niego a escuchar ciclones bajo el agua

o a dar de comer peonías a los pulpos.

Prefiero saltar desde la torre condenada a muerte

y salvar una lápida de bosques en llamas.

Pavimento un cielo crepuscular con golondrinas

y bebo belleza del río de las ratas de agua.

Pero no me obliguéis a negar la visión

de una justicia recta como el bambú

ni la de una poesía cálida, sonrosada como la nieve en las copas de
los pinos.

De repente veo al cristianismo alzarse de su tumba,
el cristianismo revolucionario, el traicionado y enterrado en cal,
descendido del cautiverio de la cruz blande Cristo su antorcha en
llamas
y las iglesias se derrumban, aniquiladas como colmenas,
los curas huyen como bandadas de murciélagos,
bancos y palacios vomitan sus doradas entrañas,
ruedan las chisteras por las cunetas,
arrancan la seda de las hienas dejando al desnudo su carne azul,
los cañones se derriten como caracoles al sol
y el viento arrastra el polvo radiactivo de las bombas hacia la Vía láctea.
Cristo, el revolucionario humillado, el mascarón de proa del
sufrimiento,
viene a la cabeza de las multitudes necesitadas y su barba flamea
como un sol
expulsa de los laboratorios subterráneos a los hechiceros
que han orientado el núcleo de la materia hacia la muerte,
arroja al abismo a los ladrones que han robado el fuego secreto,
levanta como a un niño al amor maltratado y comienza a predicar:
¡el amor sin justicia es muerte!
¡el amor que perdona olvidando es putrefacción!
¡el amor encadenado es humillación!
¡la riqueza junto a la pobreza es un crimen!
¡la muerte donde es posible la vida es el único pecado!
y toma en sus manos los dones negados de la vida,
los da a comer y a beber a todos como su verdadera carne, su verdadera
sangre,
el poder de la propiedad arrastra al abismo como pesos de plomo
y la metafísica devuelve el golpe cerrándose como un lazo al cuello de
los impostores
para que el hombre cumpla su destino,
no ser su propio asesino, y sí sembrador en la tierra,
semilla de vida que volará por el espacio y llenará su vacío.

Curiosidad referida a este poema: Especialmente
desconcertante debió de ser para el lector este párrafo del prólogo
de la antología publicada en 1974:

*Sorprende ver en el poemario, dado el escepticismo religioso del autor
y su dura crítica de la alienación religiosa, un poema que presenta un
cristianismo extraordinariamente combativo, que se lanza con la antorcha
encendida a arrojar del templo a los mercaderes, es decir, un cristianismo
vivo, verdadero, no el envuelto en cal.*

Y tanto ¡como que había sido eliminado! En aquellos tiempos
aún se perdían por el camino al lector algunos poemas...